

Causa raíz

Técnicamente, un virus no es bueno ni malo. Es tan solo un agente infeccioso microscópico acelular, nombrado, muchos años antes de conocerse, con un vocablo griego que connota “veneno”. Su gran virtud es que apunta siempre a hacer colaborar a gentes distintas en su identificación, tipificación, control y, si las cosas van por buen camino, erradicación. Esto, obviamente, cuando hablamos de su relación con la humanidad, pues antes de todo esto han sido de los más acertados catalizadores determinantes de la vida sobre el orbe, toda vez que su participación ha ampliado las posibilidades de biodiversidad con incalculables efectos en miles de millones de años. Los virus, lejos de signar muerte, son grandes creadores de vida.

Ahora bien, es normal que se asocien los virus con problemas de los más dramáticos órdenes y que su existencia haya inspirado no pocas obras y piezas de ciencia ficción y de terror en la literatura y en el cine. Claramente, junto con las cucarachas, que producen una suerte de miedo y aversión ancestral, los virus no es que tengan muchos amigos. En este sentido, y bajo la premisa de superar los miedos, la única y, quizás, más compleja forma de comprender un fenómeno, como la aparición de un nuevo virus, es atender su causa, indagar en el origen mismo donde comenzó a expandirse. Este es el precepto de suficiencia en la ilustración, para al menos tener un panorama amplio y complejo de los hechos.

Aunque pueda parecer una fórmula panteocrática que haga coincidir todos los efectos con una sola razón, una *causa raíz total*, lo cierto es que sí parecen estar todas las cosas y causas concatenadas entre sí, en una operación que recuerda la máxima de Spinoza que,



Carlos Montoya. *Centro de ser 2*. Tinta sobre papel. 31 x 24 cm. 2013

para referir su concepción de *sustancia absoluta* (elaborada dentro de la más bella filosofía), termina por reconocer que solo existe la Naturaleza: no hay más que *Deus sive natura* (Dios o la naturaleza). El presente es todo, y lo que nos acompaña hoy sobre la escena de la realidad está con nosotros porque tiene que estarlo, no cabe un “si hubiéramos”... o “¿qué tal si en vez de...?”.

So pena de parecer relativista, y amparado en la lógica racionalista —que cambió la manera de entender la naturaleza desde el siglo xvii—, es claro afirmar que: todo lo que pasa, sucede por una razón y esta es tan simple como que tenía que pasar; no antes ni después, solo cuando está ocurriendo. Obviamente, como “especie mayor”, la única que en uso de razón puede sacar conclusiones y evaluar acciones, podemos, como humanidad interferir para retrasar algo o acelerarlo, como tanto se ha tratado de explicar frente al hecho de nuestra propia extinción y su inminente llegada, por ejemplo. Esa es, en principio, una de nuestras grandes virtudes como raza. Podemos, por ejemplo, tener claridad sobre las razones del calentamiento del planeta y está en nuestras manos que esta tendencia siga en ascenso o se desacelere, algo como lo que hizo China cuando entendió, identifico y ha venido controlando la última peste, la Sars-CoV2, mientras otras naciones y países están sumidos ahora mismo en el caso más agudo de su historia reciente.

Los virus, que son tan antiguos como nosotros, solo se lograron identificar con cierta claridad hacia finales del siglo xix. Hoy compartimos nuestra vida con ellos: conocemos algunos que, al parecer, ya fueron erradicados y otros más que hemos logrado incorporar a nuestras vidas y, de alguna manera han provocado cambios en conductas y formas de relacionamiento, como el célebre HIV, que por estos días cumple cuarenta años en la escena social, y que al parecer fungió como una más de las pestes vergonzantes que separó otra vez, erróneamente, a buenos de malos.

Esta edición de la *Agenda Cultural Alma Máter*, que cuenta con la cooperación de la obra artística del maestro Carlos Montoya y los textos de Mateo Medina Chvatal y María Teresa Rugeles L., Pablo J. Patiño, Judith Nieto, Susan Sontag y Marta Dillon está dedicada a reflexionar sobre el VIH, sobre virus y vacunas y sobre la enfermedad como acontecimiento de nuestra especie.

Los virus son agentes invisibles que operan desde adentro de nosotros, nos condicionan e, incluso, pueden apagar nuestra vida. Actúan como rumores, se apoderan de nuestras psiques, abordando audazmente nuestras pasiones, y hacen que aparezca una instancia de corrupción biológica que separa nuestra mente de nuestro cuerpo hasta pasar por el delirio y terminar con la descomposición de todas nuestras relaciones.

Los humanos, no del todo conscientes de lo que puede un cuerpo, solemos actuar como virus, como amenazas invisibles desde nuestra soberbia y ligereza para calificar y señalar a los demás, difamamos con rumores más nocivos que el veneno, sin medir las consecuencias. Tal vez lo más sabio sea, como lo señalo Spinoza, no lamentarnos, no burlarnos, ni detestar, sólo tratar de comprender para no replicar el miedo, el odio y el detestable juicio albo de los que se piensan infalibles. Aun nos falta mucho por aprender de lo invisible, de nuestra propia naturaleza y de la que, en su infinitud nos contiene, al punto de ser invisibles para el universo.

Oscar Roldán-Alzate

Carlos Montoya, artista invitado

“En mi trabajo como dibujante, me interesa continuar con la ininterrumpida rutina de descubrimientos plásticos comenzada en la infancia. Es una ruta opuesta a lo recto, y más bien se abre como un árbol, y termina revelándose como mapa y territorio. En lugar de tener una intención precisa, busco encauzarme en el flujo que el dibujo mismo va proponiendo, asumiendo más un papel de médium que de creador y dejando que el dibujo ocurra”.

Carlos Montoya